

INSTRUCCION SEGUNDA PRELIMINAR.

DE DONDE NOS VIENE LA GRACIA: SUS EFECTOS.

TEXTO. — *Sine me, nihil potestis facere...* Sin la gracia, nada podemos hacer que sea meritorio para el cielo.

(S. JUAN, CAP. XV, VERS. 5.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, he leído, no recuerdo donde, la historia ó parábola siguiente (1)... Os la voy á referir; ella servirá para confirmar lo que el domingo pasado os decía sobre la gracia y sobre la necesidad de la gracia...

Un hijo, jóven aún, había heredado de su padre una gran fortuna; se le había puesto en posesion de aquella rica herencia... Pero, tan jóven é inexperto, ¿cómo podría conservarla?... Aduladores acuden á rodearle y á abusar de su debilidad; unos bribones, unos ladrones tal vez trabajarán para arruinarle; en poco tiempo quedará disipada su fortuna, y él se verá reducido á la miserable condición del Hijo pródigo... ¿Qué medio habrá para evitar tal desventura?... La ley lo ha prevenido; ella da á este hijo un tutor encargado de guiar su debilidad y suplir su inexperiencia... Este protector inteligente y desinteresado aleja de aquel jóven á los vagos que trataban de sorprender su confianza; contiene á los servidores infieles que querían abusar de su juventud; separa de él á todos los que habrían podido amenazar su fortuna... No basta esto todavía; este celoso tutor, no solamente conserva los bienes de aquel jóven sinó que, administrándolos con inteligencia, los mejora, los acrecienta cada año.

La historia de este jóven, amados hermanos míos, es nuestra propia historia, la de todos nosotros... Dios, en su infinita misericordia, por medio del Bautismo, como más adelante veremos, ó por medio de la Penitencia, nos ha dado la gracia santificante, magnífico pre-

(1) Véase á d'Hauterive, *Grand Catéchisme de la Persévérance chrétienne*, t. IX, pág. 82.

sente, espléndida herencia que hace á nuestra alma viva á sus ojos y digna del cielo... Mas; ay! mientras vivimos sobre este miserable suelo, somos débiles é inexpertos como niños... Las pasiones, cual pérfidos aduladores, tratan de seducirnos; ocasiones, tentaciones imprevistas no tardarían en quitar á nuestra alma este precioso bien de la gracia santificante ó habitual... Pues bien la bondad del Señor nos ha dado, en la gracia actual, un tutor encargado, no solamente de conservar las buenas disposiciones de nuestra alma, sinó de mejorarlas y aumentarlas. Esta voz de la conciencia que, en ciertas ocasiones, nos ilumina y nos guía, diciéndonos: «Esto es malo, se ha de evitar; esto es bueno, esfuérzate en hacerlo;» es la gracia actual que vela, por decirlo así, á nuestro lado... ¡Bendito seais, Dios mío! ¡dignáos darnos á todos semejante tutor, y haced que sigamos sus consejos, que seamos dóciles á sus inspiraciones!...

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. — Antes de mostraros cómo se nos da la gracia deseada, hermanos míos, deciros: *en primer lugar*, de qué fuente nos viene, y *en segundo lugar*, qué efectos debe producir en nuestras almas...

Parte primera. — Veamos, Dios me hará á mí mismo la gracia de hacerlos comprender bien de qué fuente dimana este divino don al penetrar en nuestras almas... Así lo espero... Jesús, dulce Redentor nuestro, cuando habremos comprendido bien esta verdad, sabremos cuán digno sois de ser amado, y si os amamos ya, os amaremos todavía más... El tesoro de los méritos de este adorable Salvador: ésta, cristianos, es la fuente, — digo mal, — el vasto receptáculo, el océano inmenso que encierra todas las gracias... Ningun alma se salvó, ninguna se ha santificado sin haberse bañado en este divino receptáculo.. Y los justos de la antigua ley, y los que desde el Evangelio han vivido no se han salvado más que de este modo... Y hasta la misma Virgen santísima, si es tan grande, sublime y santa es porque le han sido más ámpliamente aplicados los méritos de su divino Hijo...

¿Y qué son pues los méritos de Jesucristo?... Escuchad: voy á deciroslo... No es menester referiros aquí la lamentable caída de nuestros primeros padres: todos la conoceis, y tampoco ignorais sus terribles consecuencias.. Todo el género humano hecho esclavo de Satanás; el pecado

reinando sobre el mundo; las iniquidades multiplicándose como esos siniestros insectos que devoran las mieses; los adulterios, los asesinatos, la idolatría, las profanaciones de toda especie inundando la tierra; y, sobre este fúnebre cuadro cerniéndose la muerte como repugnante buitres.... Luego, por añadidura, el infierno entreabriendo sus abismos para engullir á esta posteridad de Adán, á esas almas inmortales á quienes el Criador había arrojado de su presencia... Sí; pero, hermanos míos, desde el principio de los tiempos, la misericordia divina luchó contra su justicia y salió victoriosa... El Hijo del Padre eterno se ofreció á su Padre: « La pobre naturaleza humana, dijo, es harto culpable y desgraciada con haberse rebelado contra nuestra santa Magestad; mas hay que salvarla; el hombre nos ha ofendido...; Pues bien! yo me haré hombre, y como hombre, os ofreceré á vos, Padre eterno, á toda la Augusta Trinidad, la expiación á que tenemos derecho (1). »

Jesucristo pues tomó la naturaleza humana en vuestro casto seno, oh dulce Virgen María... Hermanos míos muy amados, una sola de las lágrimas que vertió en el pesebre de Belén habría bastado para redimir millares de mundos... Mas esto no era bastante para su amor..... Quiso ofrecer á la augusta Trinidad una satisfacción superabundante... Vosotros conocéis su historia: el destierro á Egipto, la pobreza, el trabajo en Nazareth en la humilde tienda de san José... Vosotros sabéis que durante su vida pública fueron desconocidos sus beneficios, discutidos sus milagros, calumniada su santidad... ¿ He de hablaros de su sangrienta agonía, y de su flagelación, de los inauditos tormentos que se dignó padecer por nosotros?... Sí, todo, en este sagrado recinto, nos trae á la memoria su recuerdo: este *Via Crucis*, este crucifijo en el altar, la misma sagrada Eucaristía encerrada en el tabernáculo, ¿ no nos dicen lo que quiso hacer y sufrir para la salvación de nuestras almas? Después de haber pagado nuestra deuda á la justicia, dejaba un vasto tesoro á la misericordia; y á esto es á lo que llamamos los méritos de Nuestro Señor Jesucristo.

De ahí, hermanos míos, pero solamente de ahí es de donde nos viene la gracia... Si comparamos estos méritos del Salvador á un vasto

(1) *Epist. á los Hebreos*, c. X, v. 6.

océano, nuestra alma cuando estará bañada y penetrada de estas saludables aguas, tendrá lo que llamamos la gracia santificante... Si los comparamos á un tesoro, toda la gracia actual, todo buen impulso que nos lleve al bien y nos aleje del mal, es como una moneda sacada de este tesoro; si sabemos hacerla producir, esta moneja nos hará ricos; es decir, nos hará más justos, más santos, más agradables á Dios... Ved ahí pues, hermanos míos muy amados, de donde nos viene la gracia; ved ahí su fuente, su origen: los méritos infinitos de nuestro adorable Salvador...

Segunda parte. — Veamos ahora los efectos que la gracia debe producir en nosotros... Indicaré tres... En primer lugar, nos hace justos y agradables á los ojos de Dios. En segundo lugar nos hace fuertes para evitar el mal, y por último nos da, como á los santos, la energía necesaria para practicar el bien...

Nos hace justos y agradables á los ojos de Dios. ¿ Habéis considerado alguna vez, carísimos hermanos, el triste espectáculo que presentaba una casa que hubiese sido pasto de las llamas?... ¿ Veis aquellos restos de vigas, aquella cubierta desplomada, aquellas paredes ennegrecidas y calcinadas por el fuego? Es la imagen imperfecta de una alma que no posee la gracia... Tanto en el estado de culpa original como en el del pecado actual, esta pobre alma no es más que una ruina: nada ó casi nada queda en pie en ella. La fé ha desaparecido, la esperanza se ha desplomado, y las demás virtudes, hasta las humanas, ya sólo aparecen como restos desfigurados... ¿ Quién reparará aquellas ruinas? ¿ Quién devolverá á aquella pobre morada del alma la hermosura que debía poseer?... ¿ Quién hará de ella un palacio digno del rey Jesús?... Será la gracia, hermanos míos, la gracia santificante... Por ella serán reparadas todas esas ruinas; por ella se convertirá esa alma en un templo sobre el cual reposarán cariñosamente las miradas de Dios....

Considerad á esa mujer joven aún, con un niño cojido de la mano, sentada en uno de los mojones del camino... Se llama Margarita: nació en la ciudad de Cortona.. Los transeuntes se apartan desdeñosamente de ella, su padre no la ha querido admitir en el hogar de la familia.... Ni vosotros, ángeles de Dios, os atreveis á mirarla; tan manchada está

de crímenes su alma!... En efecto, ha vivido largos años en el libertinaje... Sí, pero aguardad; Dios se apiada de esta pobre mujer: la gracia descende á esta alma; ¡qué cambio!... Toda una ciudad se recomienda á sus oraciones; los ángeles la sirven en su celda. ¡Oh Jesús! muy hermosa debéis encontrar esta alma, pues oigo que la llamais amorosamente hija vuestra (1)!... Hermanos míos, este efecto producido en la santa Margarita de Cortona, la gracia santificante lo produce en toda alma, ya borrando en ella el pecado original, ya librándola de los pecados que la manchaban... Ella reedifica en cierto modo aquella casa incendiada, ella la convierte en morada del Espíritu Santo, ella la vuelve hermosa y agradable á sus ojos.,.

La gracia nos hace fuertes para evitar el mal. El santo patriarca Job decía que la vida del hombre sobre la tierra es un combate... ¡Cuán cierto es, amados hermanos míos!... Y si queremos estudiar nuestro pobre corazón, encontraremos en él no sé qué tendencia funesta que lo inclina, que le hace decantarse casi siempre hácia el mal... Nos es mucho más fácil seguir nuestras pasiones que resistirlas... El orgullo, la avaricia, la sensualidad brotan en nuestra pobre alma, cual se ve crecer espontáneamente en los terrenos estériles la grama y otras yerbas, que el arado y el rastrillo tienen que destruir... Pues bien, nosotros, por nosotros solos, no somos bastante fuertes para luchar contra esta fatal inclinación, es menester que la gracia de Dios venga á ayudarnos; sin ella seríamos vencidos infaliblemente... Pero valor; Dios nos da siempre este precioso socorro de la gracia; si somos fieles en servirnos de ella, salimos siempre triunfantes de estos combates...

Ved á ese jóven en la flor de su edad: se llama José. Sus envidiosos hermanos le han vendido como esclavo; ha llegado á ser el intendente de un hombre rico llamado Putifar... La mujer de este último trata de seducirle. — Jóven hebreo, cede á los deseos de tu ama, y crecerán tu crédito y tu poder en esta casa... Si por el contrario te resistes, te esperan la calumnia, el deshonor y un oscuro calabozo. — Nó, dice él, sería hacerme culpable para con mi amo y criminal delante de Dios. — Ved ahí, hermanos míos, la gracia actual; es esa voz de la conciencia que nos dice: ten cuidado; esto es malo y ¡Dios te ve!... Si seguimos

(1) Véase la vida de esta santa.

fielmente esta luz, si escuchamos fielmente esta voz interior, ¡cuántas caídas evitaremos y cuán fuertes seremos contra esta seducción de las pasiones que nos invitan al mal!

Finalmente he añadido que la gracia nos hacía enérgicos y animosos para el bien... También es verdad... ¿Creeríais, por ejemplo, que una madre, y una de las madres más tiernas, pudiese abandonar á sus hijos, á quienes empero amaba más que su vida, para ir léjos de ellos, y apesar de sus lágrimas, á cumplir los designios que Dios tenía sobre ella?... Pues bien, esto se ha visto; la gracia dió esta fuerza á santa Juana de Chantal... « — Hija mia, la dijo san Francisco de Sales, su piadoso director, Dios tiene miras sobre vos: sereis la fundadora de la órden de la Visitación. Pero decidme ¿podreis dejar este castillo, este lujo que os rodea, y todas estas comodidades de la vida, para abrazar la santa pobreza? — Con la gracia de Dios, sí, Padre. — Pero el venerable anciano que os llama su hija, derramará lágrimas, se echará á vuestro cuello, ¿podreis abandonarle si Dios lo manda? — Con la gracia de Dios, sí, Padre. — Y esos hijos que tanto amais, á quienes tan cuidadosamente habeis educado, hija mia, ¿los podreis abandonar? — » Aquí, no sé lo que pasó en el corazón de aquella madre; lanzó una mirada empañada de lágrimas sobre el crucifijo: hizose la luz en su alma, y volvió á contestar: « — Con la gracia de Dios, sí, Padre (1) » — Y pocos dias después, la heroica Juana de Chantal, desprendiéndose de los brazos de su padre y pasando por encima del cuerpo de su hijo, abrazaba la vida religiosa...

Ved ahí, hermanos míos, la gracia; ved ahí la fuerza, ved ahí la energía que nos da para el bien, cuando sabemos corresponder á ella... Dios no pide de nosotros tales sacrificios; sin embargo, como tiene miras muy especiales sobre cada uno de nosotros, quiere que practiquemos el bien... Al uno le inspirará la idea de ser bueno para los pobres, de hacer abundantes limosnas... ¡Ojala pueda seguir esta inspiración! A otros el deseo de ser más piadosos, de comulgar más amenudo. No puedo entrar en todos los detalles; pero ya me habeis comprendido... Dios quiere la perfección de todos nosotros, y la gracia dócilmente recibida nos da los medios de alcanzarla...

(1) Véase la vida de esta santa, tomo I.

PERORACIÓN. — Sí, pero, hermanos míos muy amados, para que la gracia produzca en nosotros estos felices efectos, es preciso que seamos fieles á sus inspiraciones. En vano nos hablará ella, si nosotros cerramos los oídos. En vano os esforzaríais en apartar del abismo á quien se obstinase en rechazar la mano que le ofreceis... Asimismo, la gracia de Dios, para obrar en nosotros, necesita del concurso de nuestra voluntad. Es una voz que habla á nuestro corazón, hay que escucharla; es una mano que nos tiende Dios para dirigirnos y guiarnos, hay que cojerla con reconocimiento; pongamos cuidado en no abusar de este precioso don...

Dice san Buenaventura (1) que había un hombre rico llamado Gedeón que tenía una conducta ligera y cuya vida distaba mucho de ser la de un buen cristiano. Este hombre cae gravemente enfermo; llámase á san Francisco de Asís, que á la sazón era célebre por sus milagros. «¿Qué queréis de mí? le preguntó el santo.—Que me devolvais la salud, contestó el enfermo.— Pero, amigo mio, yo no soy Dios, y sólo él os la puede devolver.— No sois Dios, pero yo sé que vuestras oraciones tienen tanto poder sobre su corazón, que siempre os atiende: suplicadle pues por mí.» Púsose de rodillas el santo y obtuvo para aquel pobre enfermo la salud del cuerpo y la del alma... Después, al dejarle: «Poned cuidado, le dijo, amigo mio; la misericordia de Dios tiene sus límites, el número de las gracias que Él nos ha destinado no es infinito: mudad de vida, ú os aconteceran mayores males...»

Esta saludable amonestación, prosigue san Buenaventura, aquella enfermedad enviada para convertirle, aquella salud milagrosamente devuelta, eran tres vueltas que la gracia daba alrededor de su corazón para hacerse dueña de él. El desgraciado abusó de ella. Apenas hubo recobrado sus fuerzas, se entregó de nuevo á una vida de desórdenes... Habíase llenado la medida; una noche, el techo de la casa se hundió sobre aquel desventurado y, añade el santo, sólo despertó entre las llamas del infierno (2)...

Carísimos hermanos, seamos fieles en seguir las luces, las buenas

(1) En la vida de S. Francisco de Asís.

(2) V. saint Jure, *Connaissance et amour de Jésus-Christ*, t. IV, pág. 32, edic. Vivès.

inspiraciones que Dios nos da, y en vez de participar de la suerte de aquel infeliz, podremos abrigar la dulce esperanza de ir al cielo, á alabar y bendecir al autor de la gracia, Nuestro Señor Jesucristo, á quien sean dados gloria y amor por los siglos de los siglos. Así sea.

INSTRUCCION TERCERA PRELIMINAR

¿QUÉ ES LA ORACIÓN? OBLIGACIÓN QUE TENEMOS DE ORAR.

TEXTO. — *Subditus esto Domino, et ora eum...* Sé sumiso al Señor, sé fiel en invocarle.

(SALMO XXXVI, VERS. 7.)

EXORDIO. — Amados hermanos míos, al empezar esta instrucción, tengo aún que daros una ó dos explicaciones sobre la gracia, á fin de que sepais, sobre este importante asunto, todo lo que un cristiano instruído puede y debe saber.

Ha habido unos herejes llamados Pelagianos, los cuales enseñaban que la gracia no era necesaria, ó que la podíamos merecer por nosotros mismos. San Agustín, con todo su talento, aplastaba á aquellos miserables orgullosos: «Insensatos, les decía (1), si nosotros podemos merecer la gracia, ya no es una gracia, ya no es un don gratuito; se convierte en un salario que Dios nos debe... Si podemos prescindir de la gracia, ¿para qué bautizar á los niños?... Entonces no serían verdad aquellas palabras de nuestro Salvador Jesús: «Sin mí, nada podeis hacer meritorio para el cielo.» Y la Iglesia con su soberana autoridad, arrojaba de su seno á aquellos herejes que, negando la necesidad de la gracia, discutían y aminoraban los méritos de nuestro divino Salvador, y el amor infinito con qué sufrió la muerte por nosotros...

(1) V. *Ouvrage inachevé contre Julien*, passim.